

CAPÍTULO V

Emancipacion de las colonias de la América del Sur.—Constitucion de las diversas nacionalidades de la misma.

El tercer período de la historia de las colonias de la América del Sur con relacion á sus respectivas metrópolis, podemos decir que empieza para las posesiones españolas con los acontecimientos de Caracas y Buenos-Aires (1810), y para las portuguesas con la declaracion de independencia del Brasil, convertido en 1812 en imperio constitucional.

Hemos visto cuál era el espíritu público al terminar el siglo XVIII, y puede sin duda alguna atribuirse á la conducta que España seguia en aquella época, y á su tenaz insistencia en no oír consejos que habian de serle provechosos, el que tomara creces la idea de un levantamiento que muy pronto se hizo general y más que justificable en el imparcial terreno de la Historia.

Viño á decidir en esta cuestion la revolucion de Aranjuez. El pueblo español habia echado del trono al débil Carlos IV, á ese rey que sin ocuparse más que en los placeres de la caza y en el cuidado de sus caballerizas, habia entregado todo su poder á Godoy, á quien han supuesto algunos autores en relaciones ilícitas con la reina. Al ceñir la corona de España Fernando VII, digno hijo de un padre imbécil y de una madre tal vez culpable, surgieron numerables desavenencias entre estos Borbones, á quienes por otra parte Napoleon trataba de desprestigiar á toda costa. Las causas determinantes del rompimiento con los americanos pueden hallarse tambien en el encarcelamiento en Valencey de aquella desgraciada familia, en el abandono de sus derechos mediante ciertas pensiones, en la implantacion de la dinastía napoleónica, y en la falta de tacto de los partidos políticos que se disputaban el poder; hechos todos que permitieron á las colonias como un derecho sagrado el de insurreccionarse contra la metrópoli, á fin de sacudir lo para que ellas equivalia al pesado yugo de la esclavitud. América no quiso seguir participando por más tiempo de la suerte de aquella España conquistada, que aun en medio de sus desgracias trataba de imponerle una penosa obediencia, y no sabiendo á quién obedecer, puesto que á la vez le llegaban decretos y proclamas de Carlos IV, de Fernando VII, y hasta de un rey intruso y de ocasion, de José Bonaparte; no sabiendo á cuál de los partidos atender, ni á qué Junta prestar acatamiento puesto que simultáneamente se le dirigian las de Cádiz, de Sevilla ó de Asturias alegando como exclusiva la legitimidad, al mismo tiempo que recibia órdenes del Consejo de la Regencia; vieron un rayo de esperanza en aquella especie de anarquía y empezó á germinar en los coloniales la idea de independencía.

Iniciado en 1809 el movimiento en Quito, provincia de Colombia en la parte N. E. del departamento del Ecuador, fué por aquel entonces reprimido, despues de haber pagado con la vida dos de los promovedores, para triunfar apenas transcurrido un año.

Precisamente de 1808 á 1810 podia creerse que iba á hacer la metrópoli laudables esfuerzos para conservar aquellos territo-

rios, quitándoles todo pretexto de sublevacion. Recibieron en aquella época las colonias mercedes y subsidios considerables, y tratábase de introducir en ellas reformas justamente apetecidas, pues además del Real Decreto de 22 de Enero de 1809 que habia declarado consideraba á las provincias americanas no como las colonias de otros países sino parte integrante de la monarquía, debiendo por consiguiente tener representacion directa é inmediata en las Córtes españolas la Junta de Sevilla se dirigió en 1810 á los hispano-americanos para decirles: «Por fin os veis elevados á la dignidad de hombres libres! Ya han pasado aquellos tiempos en que bajo el peso de un insoportable yugo, erais víctimas de la arbitrariedad, de la ambicion y de la ignorancia. Tened presente que nombrando á vuestros representantes en las Córtes, vuestro destino no dependerá ya de ministros, ni de reyes, ni de gobernadores, sino que está en vuestras propias manos» Trás de esta explícita confesion empero, del modo como España habia gobernado sus colonias, establecióse el decreto á tenor del cual habian de nombrarse aquellos representantes, que eran uno solo para cada capital, elegido por suerte entre tres individuos designados por los Municipios, insiguiendo las formalidades que el virey tuviese á bien establecer.

Cuando la Regencia de Cádiz vino á sustituir á la Junta central, quedaron abolidas las ordenanzas de 1809 sobre la libertad de comercio, que aquellas habian restablecido, siendo inmediata consecuencia de tan trascendental medida que se soliviantaran los ánimos en Caracas, en donde habian germinado con más fuerza que en las otras colonias americanas del Sur los principios de libertad é igualdad. El Consejo municipal se erigió en Junta suprema de gobierno en 19 Abril de 1810, y al propio tiempo que se reconocia á Fernando VII, se rebelaba contra los decretos de la Regencia. Coincidió la formacion de aquella Junta con la llegada de ciertos agentes que iban á exigir se prestase juramento de fidelidad á José, y que fueron recibidos con el grito de: ¡Viva Fernando! pues en las colonias como en la metrópoli era general el odio contra Napoleon y contra todos sus partidarios que eran apellida-

dos *afrancesados*. El virey de Nueva-Granada fué desterrado á Cartagena, acusado de haber querido entregar la América á Napoleón, y casi simultáneamente se sublevaron las provincias de Cundinamarca, Pamplona y Socorro, así como las del Norte, Tunja, Casanare, Antioquía, Choco, Neiva y Mariquita, intentando un segundo levantamiento la de Quito, al solo rumor que se hizo circular de que tropas francesas amenazaban la Nueva-Granada. Habiendo desaparecido de esta el vireinato, cada capital de provincia pretendía ser residencia de la Junta, sin atender á las demás; pero como era del todo indispensable la union para conseguir el fin que se proponían, constituyóse por fin aquella en Santa Fé de Bogotá y reconoció á Fernando VII, invitando á Caracas para que la imitase; pero esta que obedecía al general Miranda, antiguo compañero de armas de Washington, no quiso acceder al llamamiento, contestando que los representantes de las provincias unidas de Venezuela iban á constituir un gobierno libre, como en efecto sucedió así, entrando á formar parte de la República de Colombia, por declaracion de los diputados de Caracas, Varinas, Barcelona, Cumaná, Margarita, Mérida y Trujillo, para declararse despues, en 1830, estado independiente.

La insurreccion habia tomado tambien alarmantes proporciones en diversos otros puntos de América. Buenos-Aires y Montevideo sostuvieron de 1804 á 1807 la guerra contra los ingleses, teniendo que sufrir los puertos de la Plata continuos y formidables bloqueos. Jaime de Liniers, francés de nacimiento al servicio del ejército de España, alentando el valor de los naturales del país habia logrado rechazar el sitio: estos soldados noveles, envanecidos con su triunfo y dejándose arrastrar por los consejos de los Moreno, Castelli, Belgrano y Valcárcel, todos imbuidos de las ideas importadas de los Estados-Unidos y de Francia, constituyeron el núcleo del ejército de la insurreccion, de modo que muy pronto estuvo preparado Buenos-Aires para sostener la lucha de una manera formal y decisiva. Reunidos en asamblea unos seiscientos notables del país, despojaron del poder al virey Baltasar de Cisneros en 1810, y el movimiento que dirigieron Castelli y Belgra-

no iba ganando terreno de dia en dia y resistió á todos los encuentros, á pesar de los esfuerzos que de Portugal les envió la esposa de Juan VI, y de haberse formado un cuerpo de ejército al mando del virey del Perú. La victoria fué para los hijos de Buenos-Aires despues de una lucha de pocos dias, y muchos jefes españoles fueron hechos prisioneros despues de haberlos abandonado sus soldados, sirviendo Montevideo de refugio á los realistas, en donde establecieron el cuartel general, sin duda para intentar un supremo esfuerzo; pero muy pronto, tanto en Montevideo, como en todas las provincias del Paraguay, se formaron juntas supremas haciéndose general la revolucion.

Sublevóse así mismo Chile en 1810, y consiguió igualmente la victoria, siendo esta tanto mas notable, en cuanto los chilenos contaban con escaso número de armas, tuvieron que fabricar sus cañones con troncos de árboles, que no hacian fuego hasta el cuarto disparo, y varios batallones no contaban para su defensa mas que con los instrumentos de labranza. ¡Luchar y vencer en tan malas condiciones, solo puede hacerlo un pueblo que se levanta al santo grito de libertad!

Entre los peruanos, la causa de la independenciam presentaba distinto aspecto, pues si bien el alto Perú luchaba con verdadero heroismo, se mantenía fiel el bajo Perú, y esto proporcionaba un fuerte punto de apoyo á los españoles. Iniciada la revolucion en Mayo de 1809 en Charcas y la Paz, se dirigió á ellas para favorecer el movimiento un pequeño cuerpo de ejército de Buenos-Aires, al que se agregaron muchos revolucionarios, logrando por fin penetrar en el Potosí guiados por Castelli y Valcárcel. Son dignas de mencion las victorias conseguidas por el gobierno de Lima, por más que no le fuesen de verdadero provecho, pues obligado á diseminar sus fuerzas para luchar con los sublevados de Quito, alto Perú y Chile, es fuerza reconocer que era su situacion muy comprometida. En la capital, hermosa é indolente ciudad, no se acogió el movimiento con igual entusiasmo por todas las clases de su poblacion. Lo apoyaban en todas partes los individuos del bajo clero; pero en cambio lo rechazaban los dignatarios de la

Iglesia, de la nobleza y las familias y albergados de los funcionarios públicos. Refiriéndose á los primeros, dice una carta de *Murillo á su Gobierno*, publicada en las «Revoluciones de la América española,» que estaban muy descontentos sin que uno solo pareciere adicto al gobierno del rey de España. El elemento joven de las clases mas elevadas prestó gran apoyo á la causa de la revolucion, pues por sus admirables sentimientos de patriotismo se sometieron á todas las exigencias de la conscripcion en donde fué establecida como en Venezuela, al propio tiempo que era necesario conducir atados al ejército á los hombres de condicion inferior. Los negros y los indios, embrutecidos por la fuerza de la esclavitud, dejábanse arrastrar lo mismo por los que defendian que por los que atacaban la insurreccion que les habia de dar la libertad. En diversos puntos y especialmente en Buenos-Aires, ciertas tribus se aprovecharon del movimiento para renovar sus correrías que llevaron el terror y la desgracia á muchas comarcas; y en todas partes la causa de la independencia tuvo alternativas, siendo unas veces favorables los acontecimientos y adversos otras. Si en aquel entonces hubiese contado España con un hombre de bastante talento práctico para prevenirlos, tal vez le hubiera sido fácil conservar de aquellas ricas colonias para su patria las estensas comarcas que se le mantenian fieles, dejándolas gozar, por medio de acertadas reformas en su administracion, las conquistas que tantos esfuerzos les habian costado.

La insurreccion americana produjo, como todas las grande sacudidas sociales, hombres extraordinarios, pudiéndose contar como el primero entre ellos, á Simon Bolívar que es el héroe legendario de la América del Sur, puesto que en él se personifica aquella lucha gigantesca de la libertad americana, que debió durar quince años. Su patria le ha concedido el dictado de *Libertador*, y lleva su nombre uno de los Estados que le deben su independencia.

Simon Bolívar nació en Caracas en el año 1785, y era el menor de los cuatro hijos que tenia su padre Juan Vicente Bolívar y Ponte, coronel de las milicias de las llanuras de Aragua, hombre

rico y considerado. Huérfano desde la edad de seis años y dueño de una inmensa fortuna, fué enviado joven todavía á Madrid á fin de que perfeccionara su educacion al lado de su tio el Marqués de Palacios, y despues de haber viajado algun tiempo por Europa, contrajo matrimonio á los diez y ocho años con su prima la hija del Marqués de Toro á la que se llevó á Caracas, teniendo la desgracia de perderla á los cinco meses de su llegada, víctima de un violento ataque de fiebre amarilla. Despues de tan sensible como irreparable pérdida, volvió á Europa, en donde permaneció visitando varias capitales hasta 1809, pasando á su regreso por los Estados-Unidos. Durante su permanencia en Francia tuvo ocasion de presenciar despues de la apoteosis de Napoleon, la energia de todo un pueblo que se habia hecho libre por un esfuerzo de su voluntad, y en los Estados-Unidos tuvo ocasion de admirar al honrado é ilustre Washington.

De vuelta ya en sus posesiones de Aragua, vino á sorprenderle la revolucion que solicitó sus servicios, y habiéndole dado la mision de solicitar la proteccion de Inglaterra con Luis Lopez y Mendez partieron para Londres, en donde fueron recibidos con bastante frialdad, pues haciendo causa comun el gobierno inglés con las Córtes españolas en contra de la dominacion francesa, no pudo secundar un movimiento contrario á la nacion con la cual le ligaban anteriores compromisos.

Obligado á regresar á América llevóse Bolívar un pequeño número de armas, y al general Miranda, viejo y valiente militar natural tambien de Caracas, que habia conspirado siempre para dar la libertad á su país, y que expatriado por sus conocidos trabajos en pro de la independencia, hacia veinte y cinco años que recorria el mundo en busca de recursos para su causa. Miranda habia servido con Dumouriez en Francia y con Washington en los Estados-Unidos, y cansado ya de esperar, no contando más que con sus propios recursos y los de algunos amigos, organizó una expedicion que desembarcó en Ocumare, despues en Coro, y que no tuvo sino un desgraciado éxito por la mala acogida que le prestaron en aquella ocasion sus compatricios. Cuando se unió pues

á Bolívar, aunque de edad avanzada, con la misma fé que en su juventud, ofreció sus servicios á su patria, y esta le recompensó poniéndole á la cabeza del movimiento.

En 1812, día de Jueves Santo, un horrible terremoto que derribó nueve décimas partes de las casas de Caracas, dió ocasion á que el clero, aprovechándose del terror que semejante catástrofe causó á los habitantes, lo atribuyera á un efecto de la cólera divina, y se produjo cierta reaccion en favor de las armas españolas, haciéndolas ganar algun terreno. El general Monteverde, hombre de bruscos modales y excesivamente severo, logró recobrar á Venezuela al frente de las tropas realistas y obligó á Miranda á capitular, con la promesa de una amnistía á favor de los sublevados, promesa que no fué cumplida, y el infeliz general víctima del régimen reaccionario que se estableció á consecuencia de aquel hecho de armas, fué enviado á Cádiz por Monteverde, en uno de cuyos calabozos falleció en 1816 despues de haber tenido el desconsuelo de ver figurar entre sus enemigos á Bolívar. Monteverde llegó á infundir el terror en aquellas provincias que veian llenas sus cárceles, dispuestos á cada momento los terribles instrumentos del suplicio, y poblarse los campos de desgraciados arrojados de la ciudad despues de haberles cortado la nariz, una oreja ó una mejilla, ó de haberles hecho sufrir no menos crueles tormentos. La causa de la independencia corria pues un malísimo período lo mismo en Venezuela que en la Nueva-Granada.

No era mucho más satisfactorio el estado de los revolucionarios en Chile, pues la reaccion iba obteniendo ventajas en Quito, mientras se esperaba al valeroso Marino que llegó por fin mandando una nueva expedicion y arrancó nuevamente aquel país de manos de los españoles. Por fortuna la Plata se habia emancipado ya completamente, y los ejércitos de Artiga y de Lopez tenían en respeto á los españoles en las fronteras de Chile y del Perú, contándose en este último punto como completamente perdida la causa de España.

Bolívar se habia refugiado en Curazao con su primo Félix Ribas, en cuya isla reunió á todos los proscritos para llevarlos á

Cartagena, provincia que habia podido conservarse libre. Allí expuso su plan al Congreso, que consistia en apoderarse de los recursos que pudiesen proporcionarles para librar á Venezuela y salvar á un mismo tiempo la Nueva-Granada. Atendida su petition, el Congreso le suministró dinero, armas y víveres, y le confió quinientos hombres con Manuel Castillo, que unidos á los trescientos venezolanos que le siguieron formó un pequeño cuerpo de ejército á sus órdenes de ochocientos soldados, mandando en él como segundo el citado Ribas. Salió la expedicion de Cartagena en Enero de 1813, y Castillo pretendió marchar desde luego por su cuenta avanzando hácia el Este, en tanto que Bolívar recibia del Congreso la orden de ocupar á Barancas, villa á orillas del Magdalena, y de mantenerse en ella. Bolívar que no queria estar inactivo, tomó la resolucion de desobedecer semejantes órdenes, prometiéndose hacerse perdonar esta falta cubriéndose de gloria.

Apoderóse primero de Tenerife, poblacion situada en la ribera derecha del Magdalena, despues de Monpox y por último de Ocaña, dividiendo, batiendo y dispersando al enemigo. Cuando entró en Venezuela estaba ya libertada la Nueva-Granada. Las crueldades de Monteverde salvaron la revolucion, obligando á los moderados á echarse en brazos de los patriotas. Los reclutas llegaban de todas partes, y seguido ya de más de dos mil hombres, cuando Bolívar penetró en los Andes, vió unirse á sus banderas, en los alrededores de Pamplona, muchos miles de voluntarios desde que consiguió reunirse con Ribas en el territorio de Venezuela. Con Ribas habian venido seiscientos granadinos, enviados por el Congreso de Tunja, al mismo tiempo que el coronel Briceno, destacado en Guadalito, llegaba con un cuerpo de caballería. Sin más retardo Bolívar atacó á los realistas en la Grita y despues en Mérida, acabando por hacerse dueño del distrito de este nombre: con la misma rapidez ocupó la provincia de Varinas. En tanto Marino, ese jóven estudiante que despues de haber recorrido en pocos meses todos los grados militares, era ya citado como uno de los más firmes sostenes de la revolucion, batia á Monteverde, se hacia dueño de las provincias de Cumaná y de Barcelona y tomaba el título de gene-